

LORCA 7 ABRIL 1903

Director: D. Julián Rodríguez Ferrá

AÑO I NÚM. 9.

## Recuerdo de Lorca

Con este título nos dirige la siguiente carta, hermosa como todo lo que sale de su inspirada pluma, y de interesante actualidad por referirse á las procesiones de Semana Santa, nuestro antiguo y muy querido amigo el popular poeta Salvador Rueda.

Gran honor es para nosotros y para EL CONSERVADOR, la publicación de dicha carta, que insertamos en lugar preferente, por corresponder de algún modo al obsequio que con ella se nos dispensa, y que agradecemos en lo mucho que vale.

De todo corazón sentimos que el señor Rueda no pueda visitarnos en estas fiestas, porque ello nos priva del gusto que habríamos tenido en darle un abrazo, que le reservamos para muy pronto, si es que nos cumple su promesa de venir á Lorca cuando lo haga á Murcia la incomparable artista María Guerrero. Entre tanto, ya sabe el inolvidable amigo, que en este periódico tienen siempre simpática acogida todos los escritos que vengan con su firma, y que en la persona que actualmente lo dirige, encontrará, en todas ocasiones, una buena y verdadera amistad, tan sincera como cariñosa.

He aquí la carta á que nos referimos, en la que se pinta con mano maestra el desfile de nuestra procesión del Viernes Santo.

\*\*

«Sr. D. Julián Rodríguez Ferrá.

Mi antiguo amigo: Veo que tiene usted la memoria en el corazón: al año de haber recibido yo en Lorca la más espléndida emoción de arte, que recibí en mi vida, viendo ese estupendo desfile de figuras sagradas, usted se acuerda de mí y me invita á ver de nuevo el milagro de hermosura de esa jamás olvidada procesión. Yo estoy conforme con los que sostienen que, el desfile místico de Lorca, no es un severo acto religioso; no lo es en efecto, y en que no lo sea está precisamente su mérito. Lo que sí aseguro es que, si ese *desfile artístico* se verificase en la calle de Alcalá de Madrid el Jueves Santo, produciría tan maravillosa impresión que se estaría hablando de él toda la vida.

Ese gran acto de cultura (lo nombraremos de todas maneras menos procesión), dice, además de lo religioso, muchas cosas al entendimiento: habla de tenerse en Lorca un vivísimo sentimiento de la indumentaria y de la historia; habla de ricos comercios de telas; de ediciones de obras ilustradas con riqueza suma, las cuales se saben leer y manejar como no se sabe en no pocos círculos encopetados de esta Corte; habla ese desfile de bordadoras, únicas acaso en Europa, de manos delicadas de mujeres, que saben manejar los torzales, el oro y las sedas como los manejarían los ángeles, si ellos supieran bordar; habla de entusiasmo loco, inmenso; de gusto refinado por la belleza; de ser capaces todos los seres de una población, de representar en público una altísima obra de arte con la precisión y la perfección con que en un teatro representa una compañía; ese desfile habla de instinto de lo grande, de afán por lo deslumbrador; de cultura en un ramo determinado de la vida.

Para ser buen cristiano basta, nos basta á lo que lo somos, con amar á Dios y á su Iglesia; para componer ese gran desfile, hacen falta infinitamente más cualidades, por que se ha de ser artista, historiador, hom-

bre de gusto, poseer el sentimiento de lo maravilloso, de la plástica, del color y de muchas más cosas.

Si estuviese en mi mano, yo quitaría á ese espectáculo las veneradas imágenes de iglesia, Virgenes, Nazarenos y demás efigies, y dejaría sola la portentosa página de arte del desfile. Así, no pesaría sobre gente tan artista como los lorquinos, la acusación de convertir en profana una representación que debe ser profundamente religiosa. Pero, quitado del desfile lo que sobra, quedaría algo tan único y fuera de todo lo conocido en el mundo, en punto á *espectáculos*, que nunca reconocería rival. Es más; ganaría la fiesta en originalidad y grandeza artística, sin que ningún ortodoxo pudiera, al verla, sentir lastimada su fe.

Aseguro á Ud. que, yo que he visto la Alhambra, toda ella iluminada por luces de bengala, como si estuviese envuelta en un incendio de la policromía árabe; y que he visto en día de gala, es decir de sol soberbio, el grandioso Puerto de Pajares; y que he visto aquel cuadro que recuerda los israelitas en el desierto de la amplísima feria de Sevilla; y que he visto á Madrid empenachado con la proclamación de un rey, no recuerdo haber recibido emoción de arte tan deslumbradora como la que me produjo, para toda mi vida, el desfile artístico de Lorca. Aquel río de alas, que aún están vibrando en mi imaginación; aquel torrente de gualdrapas bordadas, de mantos reales, de coronas altivas; aquel parpadeo de sedas, de oros, de tintas, de reflejos, de fantasías de aguja, de dibujos inusitados; aquel chaparrón de oro, temblando y centelleando en todo; aquel oscilar inmenso de gasas, de tunicas, de armaduras, de labores; aquellos tropeles de caballos con ángeles alados, que parecían venir en un río de gloria; los profetas; las dignidades; los magistrados; los estupendos ancianos de la Apocalipsis con barbas blancas, de las que parecían pender siglos; aquel elegantísimo murciélag negro, Luzbel, atado por una cadena de oro de pies y manos, alto, esbelto, visión de ébano, sueño atrevido y grande; aquellas combinaciones de blancos en los trajes, blancos de hostia, blancos de lirios, blancos de rosas, blancos de nieve, blancos de espumas del mar, todos ellos enlazados y bordados por fantasías de sedas inacabables, todo aquello, tan bien distribuido, tan sabio, tan armónico; tan perfecto, siempre estará alumbrando mi memoria como la luz hermosa y grande de un nuevo mundo para mí.

He dicho algo de los blancos, y eso que he dicho es, en la Cofradía, solo empezar; cuando se cree que las combinaciones de lo blanco acaban, es cuando principian; porque vienen los blancos que recuerdan los velos de las desposadas; los blancos de las coronas de las virgenes; los blancos de las niñas que van á la primera comunión; los blancos de la luz de la luna; los blancos de las pieles de armiño; los blancos de las capas pluviales; los blancos de las plumas de los cisnes; los blancos de la plata rutilante; los blancos de los paños de altar, y todas las visiones blancas que llenan el mundo de pureza.

¡Pues, y cuando entra la Cofradía azul! Aquello es un río de idealidad. Azules de mar al amanecer; de mar á pleno sol; de mar bajo los reflejos de incendio del crepúsculo; azules de cielo á la aurora; de cielo á toda luz; de cielo al apagarse la fiesta de colores en la sombra; azules de ojos varoniles; de ojos de mujeres espirituales; de ojos cándidos de niños; azules de lirios que parecen teñir de sueños el paisaje; azules serenos de lagos; azules de espejos; azules tornasolados de palomas; azules de vaporosas lejanías; azules diversos de montañas y de cordilleras que varían como las figuras en un calidoscopio; azules interesantes de zafiros; azules

jaspeados de nácares; azules de sayales religiosos; azules-celestes; azules oscuros de Prusia; azules de ultramar; todos los azules de los sueños, todos los azules de la ilusión, se combinan en telas riquísimas, en sedas y en terciopelos triunfales, para renovar ante nuestros ojos todos los encantos y todas las hermosuras. ¿Cuál de las dos Cofradías es más espléndida? Las dos rivalizan, las dos luchan en belleza, y ninguna vence. Y en esta página de los sentidos, en este deslumbrador torneo de riqueza, se elijen los niños más hermosos, para ángeles; los mancebos más gallardos, para ginetes; los hombres de más estatura, para evangélicos ancianos.

Quiero terminar esta carta, porque se hace demasiado extensa; pero antes le ruego que haga presente mi agradecimiento por su caballeresca hospitalidad de un día, al señor don Francisco Carrasco é ilustrada familia, donde tuvo la buena suerte de llevarme, á ver el portento del desfile, el popular y valioso joven Luis Díez de Revenga. Este año no puedo ir á Lorca al hogar de usted, que con tanto amor me ofrece y que le agradezco en el alma, ni tampoco puedo ir á Murcia á mi casa; llamo casa *mía* á la de mi ilustre amigo D. Ezequiel Revenga.

Cuando vaya María Guerrero á Murcia y estrene en esa mi tierra *La Musa*, iré á tener el gusto de refrescar el corazón entre esas hermosuras.

Sabe Ud. cuanto le quiere su antiguo amigo y compañero de pluma y cuartillas.

SALVADOR RUEDA.

Madrid y Marzo 1903.

NOTA. Siempre que hablo ó escribo de cosas sagradas, veo flotar, allí en todo lo alto de mi fantasía, dos divinas alas; son las del Angel de Murcia, escultura singular, *Apolo-místico*, por decirlo así, de un mérito extraordinario y que vale él solo por legiones de estatuas: una pluma de un ala de ese Angel, vale por toda una Semana Santa. Es un milagro. ¡Qué orgullo para Murcia tener la primera escultura sagrada del mundo!

## Redención

¡Jerusalén, Jerusalén! Ciudad sagrada de la leyenda bíblica; ¡bendita seas! porque viste desarrollarse en tu seno los episodios sublimes de nuestra santa redención. Yo admiro á la Atenas artística y á la Roma imperial, á la una con sus filósofos y sus poetas, y á la otra con sus Césares augustos; pero me postro ante la mística Jerusalén, cuna de la idea cristiana, foco y centro de aquella revolución religiosa, de la que nacen todos los progresos modernos, todas las modernas libertades.

Del Capitolio á la roca Tarpeya no existía más que un paso; del día de las palmas al día de la crucifixión, no mediaron más que unas cuantas tristísimas horas, llenas de horror, llenas de espanto para los corazones sencillos, para los corazones leales.

Todo júbilo en la ciudad; las calles y los mercados desbordando de gente bulliciosa que se apresura á ver y saludar con regocijo al Mesías del pueblo israelita, á Jesús, al carpintero de Nazaret, al hijo de José y de María, al Dios hecho hombre que viene á rescatar á la raza judaica del error y de la tiranía. Palmas y olivos, los símbolos de la paz y del triunfo, son aquel día los que adornan el camino del que había de ser el mártir del Gólgota. La muchedumbre se agolpa á su paso, la muchedumbre le vitorea, la muchedumbre le aclama y le ensalza, y Él humilde, resignado con su previsto destino, escapa de los agasajos, huye de los aplausos estruendosos, se oculta como la violeta, dejando tras sí regueros de perfume, estela de

dulce esperanza, y el entusiasmo popular se deshace como la espuma en la playa desierta.

Pero los enemigos del novador no descansan; los enemigos de aquel hombre todo amor le persiguen sin tregua; los enemigos de aquel espíritu luminoso que abarca el pasado y el porvenir, de aquel espíritu luminoso que ve como se cuarteaba, se desmorona y se derrumba el edificio de la cultura judaica, le combaten, le buscan, le acechan, y en la sombra, como los traidores, le acorralan y le prenden y le encarcelan.

Ya está conseguido el primer triunfo; los rutinarios y los poderosos ya tienen su presa, carne en que saciar sus ansias voraces. Sacerdotes y Jueces se congregan, se confabulan mejor dicho; ¿para qué?, para matar á quien ellos ¡insensatos! creen únicamente un hombre, cuando aquel hombre era una idea, era un sentimiento, era todo el espíritu de una época.

Y viene el día de los supremos horrores. El dulce, el amoroso, el compasivo Jesús, ya es el Cristo, el Cristo del *vía-crucis*. Coronado de espinas, con el madero infamante al hombro, azotado por los crueles y estúpidos verdugos, escarnecido é insultado por aquel mismo pueblo que le vitoreaba, sudoroso, sediento, rendido con el cansancio corporal (que jamás su alma tuvo desfallecimientos), asciende por la áspera cuesta que conduce á la cumbre del Gólgota. Alguna mirada de simpatía, alguna lágrima furtiva le acompañan en aquella ascensión penosa; sus pies descalzos se desgarran y dejan en el camino señal sangrienta. Todo cuanto le rodea le es hostil; el pueblo le sigue para ver cómo espira; el sacerdocio israelita le acompaña para gozarse en su agonía; y Él sigue subiendo la cuesta, con la resignación de los mártires, con la serenidad de los Dioses; y llega arriba, á la cumbre, al Calvario; y tendido sobre dos leños en cruz, los sayones fariseos le enclavan en ella; los golpes de mazo parece que aún repercuten en el corazón de la humana especie; los huesos se quebrantan, las carnes se maceran, y el clavo penetra taladrando los pies, taladrando las manos; y aquel pueblo deicida no se espanta, se regocija en aquellos tormentos, en aquel martirio infinito. Se pone el madero en pie; ya está el reo en la cruz; ahora la agonía, la agonía lenta, la agonía tremenda, la agonía feroz, la amarga agonía. Y el pobre mártir no exhala ni un gemido; sus ojos, siempre dulces, contemplan á la multitud, y parece como que le envían, en sus miradas, el perdón de tantas ofensas.

Se consumó el sacrificio. Jesús ha sido crucificado: el cuerpo lacio cae con la pesantez de lo inerte, enclavado en aquel madero que ya es símbolo de redención. Flota en el ambiente una gran tristeza; el pueblo se retira silencioso; los sacerdotes sienten vagos remordimientos en la conciencia; unas cuantas pobres mujeres lloran al pie de la Cruz. ¡Se consumó el sacrificio!

Pero la muerte no es la muerte; la muerte de Jesús es vida eterna. Cuando hay una idea que sobrevive; cuando hay un espíritu que flota en la atmósfera social; cuando el amor arraigó en muchos corazones, entonces no se muere, se está vivo y presente, y se rescata al tercero día de entre los muertos; y la Magdalena, la hermosa y sublime María de Magdalo, tiene en aquellos jardines perfumados con azahar y nardo la primera de las visiones; y Jesús vive entre sus apóstoles y sus discípulos vida inmortal; y á través de las generaciones y de los siglos, el pueblo cristiano á Él acude siempre en la tribulación, y á Él demanda en sus necesidades.

Lejos, muy lejos de nosotros aquel momento solemne en que se realiza, en la cima del monte de las Calaveras, el sublime miste-